

MADRID



Los bomberos trabajan en la M-30 tras la tormenta de granizo del 10 de septiembre. / JOSÉ RAMÓN AGUIRRE

Urbanismo acusa al 'padre' de la M-30 de no conocer la obra

El fallo eléctrico causó la inundación, según la edil del área

REBECA CARRANCO
Madrid

No hay madrileño que no tema cada vez que se nubla el cielo. Y no porque se vaya a mojar la ropa, sino porque puede ser que se quede atascado en los nuevos túneles de la M-30. Después de la inundación del 10 de septiembre, el padre del soterramiento de la vía, Manuel Melis, aseguró en una carta abierta al alcalde, publicada por EL PAÍS que el problema es la obra del Proyecto Río (el jardín en la vera del Manzanares), que horada los túneles. Ayer, la concejal de Urbanismo de Madrid, Pilar Martínez, le acusó de no saber de lo

que habla. Pero con educación. La de Melis, indicó Martínez, es una "perspectiva ajena a los trabajos en marcha" porque no ha estado entre los ingenieros que han diseñado el Proyecto Río.

Martínez compareció ayer en la Comisión de Urbanismo a petición del grupo socialista. Pero no se explayó. En poco más de dos minutos, hizo un breve resumen de lo sucedido, una lluvia intensa, unas hojas que se cueñan por los sumideros, un colector que no da abasto y el agua que se estanca y se filtra a la M-30, dejándola intransitable durante horas a causa de un fallo eléctrico que impide que las bombas achiquen el agua.

Martínez negó que la acumulación de lluvia se debiera a los muros "muy altos en los bordes de la calzada" del Proyecto Río, como denunció Melis. Aunque sí reconoció que la filtración se produjo por un agujero en una de las nuevas pasarelas. Algo que ya admitió el Consistorio.

Por otra parte, el Consorcio de Compensación de Seguros, organismo del Ministerio de Hacienda que actúa ante catástrofes, ha recibido por ahora 135 solicitudes de indemnización por las inundaciones de la M-30 y espera recibir en total unas 600, lo que supondrá un desembolso de un millón de euros, informa F. J. Barroso.

Güemes, abucheado por tercera vez en tres días

Un grupo de personas insulta al consejero en el Gregorio Marañón

EL PAÍS, Madrid

De abucheo, en abucheo, y tiro porque me toca. Como si se tratara del famoso juego de mesa, el consejero de Sanidad, Juan José Güemes, pasa de gritos e insultos a más gritos e insultos allí donde va. El lunes le tocó en el Severo Ochoa, cuando visitaba los laboratorios, el martes en el hotel Ritz, donde iba a contar las oportunidades de negocio de la sanidad a un grupo de empresarios. Ayer sus fans le esperaban en la presentación de una nueva técnica de cirugía fetal en el hospital Gregorio Marañón, según informó la agencia Efe.

Varias decenas de personas recibieron ayer al consejero con pancartas, pitos, gritos e insultos en el hospital. Y mantuvieron la protesta durante la hora que permaneció en el centro. Los manifestantes, convocados por UGT, CC OO y CSITUP, que reivindicaban la sanidad pública, aporrearon desde fuera las paredes del salón de actos, donde se celebraba la presentación y, al concluir la visita, acompañaron al consejero por todo el hospital y golpearon el automóvil en el que se marchó.

Güemes inició su intervención en el centro médico pidiendo "disculpas y comprensión" ante el recibimiento, y reconoció que no era algo excepcional. "Todo el mundo tiene que ganarse el sueldo, incluidos los liberados sindicales. Para ellos pido comprensión", ironizó.

Los concentrados, además de "sanidad pública", gritaban "¡Espe, Espe, Espe, especulación!", en un juego de palabras con el nombre de la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre. Y pedían la dimisión tanto de Aguirre, como del consejero de Sanidad.

En el hospital Gregorio Marañón "van a privatizar muchos departamentos", según explicó una portavoz de CC OO. Según ésta, todos los contratos que hay temporales en este hospital se rescindirán en octubre, lo que afectará a 500 personas. "Pero en total el proceso afectará a unos 2.000 trabajadores", indicó. Por eso abuchearon al consejero: "Para agradecerle infinito que ahora con la crisis nos deje en la calle".

La nueva técnica presentada ayer por el consejero forma parte del programa de cirugía fetal mínimamente invasiva y, concretamente, es el único tratamiento curativo para los embarazos gemelares monocoriales (una misma placenta) que presentan un síndrome de transfusión entre un feto y otro. Una enfermedad que provoca la muerte de los gemelos en la mayoría de los casos. Hasta ahora, en el Gregorio Marañón se han practicado cinco intervenciones de este tipo.

EL PAÍS.com

▶ Vídeo

Vea las imágenes del abucheo al consejero de Sanidad.

¿Quién le para los pies a Espe?

BENJAMÍN PRADO



¿Quién teme a Virginia Wolf?, ¿Quién mató a Palomino Molero? y quién le para los pies a Esperanza Aguirre. A Juan Urbano se le vinieron a la cabeza esas tres preguntas después de leer en el periódico que además del Canal de Isabel II la presidenta iba a privatizar los servicios no sanitarios de los cuatro grandes hospitales públicos de la Comunidad, el Ramón y Cajal, el Gregorio Marañón, La Paz y el 12 de Octubre, y se preguntó por qué habría hecho, de manera intuitiva, esa asociación mental. ¿Quién teme a Virginia Wolf? es una obra de teatro de Edward Albee con la que Mike Nichols, el director de *El graduado*, hizo una película, protagonizada por Richard Burton y Elizabeth Taylor, que ganó cuatro oscars. ¿Quién mató a Palomino Molero? es una novela policiaca de Mario Vargas Llosa en la que un detective, el sargento Lituma, investiga la oscura muerte de un soldado que se enamoró de quien no

debía y lo pagó caro. Y a Esperanza Aguirre, como es obvio, no la detienen nada ni nadie, ni su partido, ni la oposición, ni la lógica. Porque si recurres a la lógica, no te puedes explicar que por una parte diga que se ve obligada a quitarle el agua a los ciudadanos porque no tiene dinero, y por otra se gaste millón y medio de euros en una fiesta para presentar los Teatros del Canal, que es algo así como comer en el hotel Palace y luego salir a pedir limosna a la puerta, para poder pagar la cuenta.

Aunque, en realidad, da lo mismo, para qué perder el tiempo imaginando parábolas, si cualquier argumento a favor de la sanidad, la educación o cualquier otro servicio público resulta inútil cuando se le plantea a una política que cree que una región o una ciudad no se gobiernan, sino que sólo se poseen, lo cual será menos democrático pero es más fácil de poner en práctica, porque por una parte no exige explicaciones, dado que nadie te puede obligar a rendir cuentas de lo que hagas con algo que te pertenece, y por otra resulta más rentable: vender lo que no es tuyo no duele y, sea cual sea el precio, sales ganando.

Pero dejando al margen el escándalo concreto del Canal de Isabel II, la cuestión de fondo es la que acaba de plantear Juan Urbano: ¿cómo es posible que en una democracia un cargo público tenga un poder incontestable? ¿Qué clase de

sociedad es ésta en la que cualquier alcalde con mayoría absoluta, por ejemplo, puede hacer con su ciudad cualquier cosa que le apetezca o le venga bien, desde recalificar un espacio protegido para levantar una urbanización, hasta llenar las plazas de estatuas horribles o monumentos injuriosos de puro feos? Porque Aguirre y etcétera pueden ser tan autocráticos y tan poco autocríticos como ellos quieran, pueden dedicarse a vender humo y a esconder la verdad tras el humo que les sobra, o pueden

Aguirre puede dedicarse a vender humo y a esconder la verdad tras el humo que les sobra

mentir hasta tener calambres en la lengua sin por ello perder la sonrisa, como hizo un consejero al que cuando le preguntaron por la millonada que había costado la inauguración de los Teatros del Canal, respondió que la celebración se había hecho para todos los madrileños, y cuando le recordaron que a la fiesta sólo estaban invitadas algo más de 800 personas, hizo un escorzo moral, cambió de tiempo el verbo y como quien intenta cerrar una puerta giratoria de un porta-

zo, añadió: será para todos los madrileños. Pues qué bien, yo ya me voy a ir poniendo en la cola para comer jamón de pata negra, bombón de foie almendrado, medianoches de *carpaccio*, tartaleas de brandada de bacalao, redondo de brie con membrillo y pinchos de atún rojo marinado en soja. Esa gente puede ser todo eso, pero lo frustrante es que la ley se lo permita. ¿Por qué? ¿Cómo es posible que no ocurra nada cuando la presidenta monta una subasta en el hotel Ritz y ofrece al mejor postor los hospitales que pertenecen a la sanidad pública, que son un derecho constitucional de los españoles, utilizando para la convocatoria un reclamo que decía: "Aproveche las oportunidades de negocio para su empresa"?

En *¿Quién teme a Virginia Wolf?*, Richard Burton y Elizabeth Taylor son un matrimonio que se odia, lo cual le hizo a Juan Urbano pensar en Aguirre y Gallardón. En *¿Quién mató a Palomino Molero?* hay una viscosa historia de incestos, celos e intereses económicos bajo lo que parecía un crimen pasional. ¿Por qué será que esos títulos se le habían venido a la cabeza a Juan Urbano cuando leyó la noticia de la futura privatización de los cuatro grandes hospitales de Madrid? En lugar de responderse, se puso a silbar un son cubano cuyo estribillo era: "Quién le para los pies a Esperanza/ quién se los puede parar".